

# BELLEZA Y UNIDAD EN SAN AGUSTIN

Beauty and unity in St Augustine

DR. IGNACIO MENDIOLA GERMÁN  
Facultad de Arquitectura y Diseño  
Universidad Autónoma del Estado de México. México  
fad\_arq@yahoo.com.mx

DRA. ARANTZAZU GONZÁLEZ LÓPEZ  
Facultad de Artes  
Universidad Autónoma del Estado de Morelos. México.  
arantzag@uaem.mx

Fecha de recibido: Septiembre 2011  
Fecha de aceptado: Diciembre 2011

pp: 117-126



FAD | UAEMéx | Año 7, No 11  
Enero - Junio 2012

“Todo no es más que ritmo; el destino del hombre es sólo un ritmo celeste, como toda obra de arte es un ritmo único”  
(HÖLDERLIN, 2004; 120).

### RESUMEN

*El presente trabajo se ocupa de las ideas estéticas de San Agustín (354-430), reunidas en su texto La Ciudad de Dios.*

*El dominio sensible, no forma parte en San Agustín del dominio del conocimiento, sino meramente de la opinión, ya que es sólo la imagen de la realidad y de la verdad, puesto que todo lo que es verdadero es inmortal y eterno, mientras que lo sensible se caracteriza por su caducidad.*

*Pero este universo, sensible y caduco, puede simbolizar lo eterno. El fondo del alma misma es verdad y conocimiento, no fe. Esta verdad es una función de la razón, eterna e inmutable, por oposición a la caducidad del mundo sensible. De esta manera, distinguimos y relacionamos los conceptos. Únicamente cuando nos ilumina la luz de la razón podemos percibir las verdades generales de las que todos los hombres participan. Pero esta Razón Suprema, que es igual para todos, planea por encima de este pobre y burdo mundo de los fenómenos. Esta verdad eterna se extiende en el seno de Dios; es inmutable, es eterno.*

**Palabras clave:** arte, belleza, número.

### ABSTRACT

*This work refers to Saint Augustine's aesthetic ideas from his text: The city of God. The sensitive dominion is not a part of knowledgeable dominion, according to St. Augustine, but it is pure opinion, due to it is only the image of reality and truth, because the truth is immortal and eternal, while the sensible things are characterized by the expiration.*

*But, this universe, sensitive and expiratory, can symbolize the eternal. The deep soul, itself is truth and knowledge, not faith. This truth is the function of reason, eternal and immutable, by opposition to the expiration of sensitive world. In this way, the concepts are distinguished and related. Only, when the reason is present, everybody can be able to percept the general truths of humanity. But, this Supreme Reason, equal for everyone, plans over this world of phenomena. The eternal truth is extended in God, is immutable and eternal.*

**Key words:** art, beauty, number.

## INTRODUCCIÓN

Resulta imposible concebir alguna cosa que sea superior a esta verdad que es Dios mismo, ya que abarca el Ser entero y el Universo. Este Dios se halla por encima del universo y de los hombres; y, *puesto que es sede y centro de las verdades*, resulta inconcebible. Puede llamársele ser supremo, sede de las Ideas, razón eterna que es causa de todas las cosas, de la verdad, del bien; así mismo, puede llamársele no lo verdadero ni el bien, sino lo bello. Parecería, así, que lo bello fuese superior a lo verdadero y al bien; se trata, según San Agustín, de la seducción divina que atraería irremediabilmente los hombres hacia Dios.

## DESARROLLO TEMÁTICO

La belleza es entendida por los medievales como una propiedad trascendental del ser, por lo tanto presente en todo ser sólo por el hecho de ser. Con la crisis de la metafísica el arte no será más la encarnación de la verdad, de la bondad, y tampoco de la belleza. Lo más a lo que llegamos hoy en día es a considerar que el arte es la encarnación de uno, o varios significados. Y se trata además, de una encarnación debilitada dado que los diferentes significados no son percibidos como afirmaciones privilegiadas, sino como opiniones mutables, a diferencia de la verdad, bondad y belleza.

San Agustín fue el primer pensador que aborda y aprecia, tanto la belleza universal, *-que se rige por la simetría-* como la belleza individual, *-que se rige por la conveniencia-*<sup>1</sup>. Llama la atención la importancia que da San Agustín, continuamente, a un versículo del Antiguo Testamento en el que se dice que «*Dios ordenó todas las cosas por su medida, su número y su peso*» (BIBLIA, 1992: 1051). Por otra parte, su concepción objetiva de la belleza, de raíz platónica, ligada a su apreciación del número como responsable de lo bello, de raíz pitagórica, le conduce hasta una apreciación de la simetría no como una conformidad bilateral, sino como una armonía entre las partes que conforman un todo. Medida, forma y orden producen la belleza. Además, sostiene la existencia real de la actitud de aceptación humana hacia lo bello, con lo que el ser humano inmediatamente obtiene placer de la belleza.

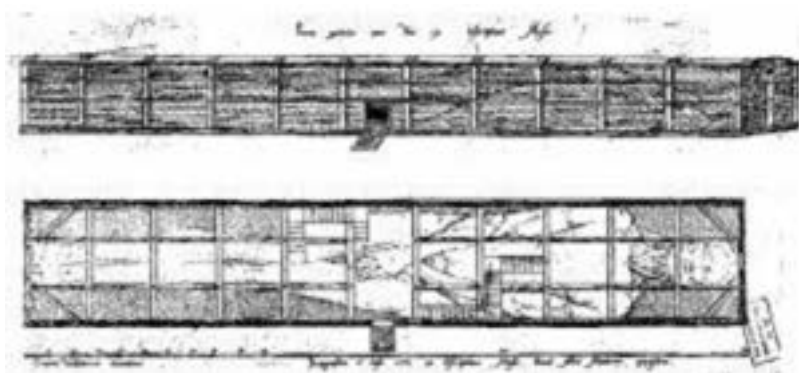
En el texto que no ocupa, *La Ciudad de Dios (De Civitate Dei)*, San Agustín aborda la contraposición entre el ser ciudadano de un Estado-Ciudad y ser ciudadano del cosmos. Para San Agustín, ser ciudadano del cosmos equivale a integrarse en la Naturaleza, como realidad última del ser humano. San Agustín contrapone la *Civitas Dei* con la *Civitas diaboli*. En este texto, que ante todo es un tratado teórico

1 Teoría filosófica que considera que cada objeto tiene una única forma adecuada y conveniente, así como cada actividad su momento adecuado.

sobre teoría del conocimiento, ilustra la importancia del *número*, al ocuparse de las proporciones del cuerpo humano referidas al episodio bíblico del Arca de Noé; y afirma:

*“Lo cual es, sin duda, una figura representativa de la Ciudad de Dios que peregrina en este siglo, ésto es, de la Iglesia, que se va salvando y llega al puerto deseado por el leño en que estuvo suspenso el mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús, porque aun las mismas medidas y el tamaño de su longitud, altura y anchura significan el cuerpo humano, con el cual real y verdaderamente, según estaba profetizado, había de venir y vino. Pues la altura de un cuerpo humano, desde la cabeza hasta los pies, es seis veces más que la anchura, que es la que toma de un lado a otro, y diez veces más que la medida desde las espaldas al vientre. Como si medimos un hombre tendido boca arriba o boca abajo, tiene de largo desde la cabeza a los pies seis veces más que el lado, de izquierda a derecha, y diez lo que tiene de altura de la tierra.*

*Así se hizo el Arca de trescientos codos de largo, cincuenta de ancho y treinta de alto. Y el haberle hecho puerta a un lado, sin duda significa aquella llaga que con la lanza abrieron en el costado del crucificado, porque por ella entramos los que caminamos a Él, y de ella brotaron los Sacramentos con que los fieles se santifican. Y el mandar que se hiciese de piezas cuadradas significa la estabilidad que tiene por todas partes la vida de los santos, porque dondequiera que volviereis el cuadrado está firme. Y todo lo demás que se dice de la fábrica de esta Arca son señales de otras propiedades de la Iglesia”*(SAN AGUSTIN, 1992: 614).



**FIGURA 1.** Propuesta de alzado y planta del Arca de Noé, según la Biblia Políglota Sacra de Amberes (1572), de Benito Arias Montano, con la figura de Cristo inscrita en ella, tal como lo describe San Agustín en *De Civitate Dei* (XX.26).

Esta preocupación que San Agustín manifiesta por los números se agudiza en la naturaleza de la sensación y la belleza musical, dotando de vital importancia a la métrica y el ritmo.

Así, en Agustín, el *ars* participa de la naturaleza de *scientia*, en la medida que su realización, tiene su fundamento en la *ratio/proportio*. Sin embargo, en última instancia, se diferencia totalmente de ésta, porque la música reside no sólo en la razón, sino también en el espíritu (SAN AGUSTIN, 2007: 115).

Gracias a la actividad musical los hombres pueden despegarse, bajo la guía de la razón, sin precipitación y de modo gradual, de las letras y las artes seculares y de esta manera, pueden unirse a la divinidad, la cual, sin mediación alguna, dirige las almas de los hombres. Así, los conocimientos derivados de las *artes liberales* y en especial de la música, cobran valor y sentido sólo cuando son concebidos como *camino* o *vías*, hacia un fin más alto; en este caso, la sabiduría suprema, o divinidad. San Agustín mismo comenta en sus *Retractaciones*, cómo a partir de los números corporales y espirituales pero cambiantes, se llega a los números inmutables, que son ya la inmutable verdad, y de esa forma, se manifiestan las perfecciones invisibles de Dios a través de las cosas creadas, es decir, se trata de ascender hasta Dios por la vía de los números.

San Agustín considera básico el estudio de la gramática, la dialéctica, la retórica y la música. El estudio minucioso de estas disciplinas le permitió defender la presencia de números divinos y eternos, generadores de todo lo creado. “La razón pasó luego al ámbito de la vista y, recorriendo los cielos y la tierra, advirtió que sólo le agradaba la belleza de las formas; en la belleza, las figuras; en las figuras, las dimensiones; y en las dimensiones, los números” (SAN AGUSTIN, 1950: 83). Así surgió entonces la *geometría*; y como los astros también están regidos por las dimensiones y los números, emergió, por ende, la *astronomía*.



FIGURA 2. *San Agustín* por Caravaggio, en torno a 1600.

Entender el mundo es, según esta genealogía a partir de la razón, saber que el cosmos también está regido por el orden armónico del número. El productor de sensaciones en el ser humano es su propio espíritu, cuando actúa sobre el cuerpo y ejerce su dominio. Y el universo en todas sus partes, desde lo más ínfimo a lo más grande, funciona de

acuerdo a la doctrina de la proporcionalidad. El alma es un compuesto de números, una entidad hecha de números y jerarquizada para su funcionamiento que actúa y se mueve, congruente y analógicamente, en su atención al mundo sensible y corpóreo, al cual hace participe de su naturaleza universal por esta relación de proporcionalidad (SAN AGUSTIN, 2007: 163). Todo está unido: nuestro cuerpo, la edad, nuestras acciones, nuestra facultad de sentir ..., están enmarcados en la gran armonía universal; la sinfonía cósmica no tiene límites en las proporciones que produce, lo mínimo y lo máximo; lo menor. Todo concuerda hasta en la más ínfima de sus partes. En suma, en esta *belleza universal*, nada escapa a la proporción.

Y a partir de este cuestionamiento, plantea la distinción entre el juicio estético o sensible que se da en la sensación y el juicio racional, que se da en el raciocinio. El primero lo expone como el movimiento del espíritu que acepta o rechaza, de modo espontáneo lo percibido. Los seres humanos, según San Agustín, amamos la armonía producida por la igualdad; lo que la razón aprecia en la armonía de los sentidos es el equilibrio de las partes dentro del conjunto; el espíritu se siente embelesado por el orden y la proporción, en consecuencia, el placer musical se nos muestra, nuevamente, como percepción de relaciones matemáticas. Esta idea, que pone en paralelo los conceptos de número, proporción, orden y equilibrio, está claramente expresada en la siguiente afirmación: *“orden es una disposición por la que las cosas semejantes y desemejantes ocupan su propio lugar”* (SAN AGUSTIN, 1992: 72). Se considera entonces que esta igualdad está fundamentada, no en espacio extensivo y tiempo, sino en otras armonías superiores, en las que la igualdad permanece soberana, inmovible, inmutable y eterna. Y este anhelo de igualdad, continúa San Agustín, es por el que las cosas terrenas, subordinadas a las celestes, asocian los movimientos de su tiempo por su ritmo proporcionado, ajustado a las leyes de la igualdad, unidad y orden a la *Música del Universo*. Estamos entonces frente al concepto-principio fundamental de la filosofía agustiniana: el *número*. El *número* como *modulación y proporción*, es el componente condicionante de su *metafísica del orden y la igualdad*. El número será foco de su planteamiento teórico y eco permanente de la armonía de las esferas y la teoría de la proporción de origen pitagórico. Para San Agustín, un universo proporcionado es un *universo bello*, existiendo una relación biunívoca entre el mundo, su *orden racional*, y la *belleza universal*; de forma que todo lo ordenado es bello.

En el *De ordine*, San Agustín señala la tarea propia de la Filosofía: *“Siguiendo, pues, este orden, el alma que se entrega a la Filosofía, en primer lugar reflexiona sobre sí misma, y su propio conocimiento le persuade que o posee la razón, o la razón es ella misma y que nada hay más poderoso en la razón que los números, o que la propia razón se identifica con el número y el alma se dice a sí misma: yo puedo, por un movimiento interior y oculto, separar y unir lo que debo aprender, y a esta capacidad se le llama razón”* (SAN AGUSTIN, 1950: 48).

¿Pero, dónde está esa igualdad en cuya contemplación anhelamos que los cuerpos y movimientos corporales se asemejen por su proporcionalidad? No está, dice San Agustín, en las formas corporales, ni en los intervalos temporales que metidos en el devenir temporal, están sujetos a cambio e inestabilidad, sino en algo más excelso que todos los cuerpos; en algo inmutable, necesario y eterno. Admite que hay una suerte de disposición en el alma del artista y en el *alma* de todos los hombres; una fuerza en su interior, una potencia, unos principios absolutos que derivan de Dios. San Agustín añade que Dios es la inmutable naturaleza instaurada sobre el alma racional, y allí habita la primera vida y la primera esencia, donde yace la primera sabiduría y la primera vida.

Esta Razón Suprema, soberana y primera belleza, causa de todo lo bello, emerge como una realidad, a la vez íntima al pensamiento y trascendente al pensamiento, en un proceso de introspección, y su presencia es atestiguada por cada juicio verdadero, ya sea científico, estético o moral; pero su naturaleza se nos escapa: medida sin medida, a la cual se ajusta cuanto de ella proviene; número sin número que da forma a todo sin ser él formado; peso sin peso hacia el que gravitan las cosas, no gravitando él, en torno de nada (SAN AGUSTÍN, 1969-1990: 146). El alma se contamina cuando amamos en exceso la belleza sensible, al perder orden e igualdad. Debemos recordar que la armonía comienza por la unidad y es bella gracias a la igualdad y a la simetría y se acopla por el orden en nuestro alma.

En este sentido, el *uno* es principio supremo de igualdad, como primera *ratio-proportio* (*Razón Suprema*) que fundamenta los demás números. La unidad es el primer principio, todos los números derivan de ésta su existencia; es un principio generativo que como *ratio* permite conformar y desplegar la serie del universo. Y donde hay igualdad o semejanza, allí hay armonía con su número, porque nada hay tan igual y semejante que el uno comparado al uno (SAN AGUSTIN, 2007: 38). Todas las armonías-números que conforman la naturaleza anhelan la unidad, se esfuerzan por guardar su propio orden proporcional en el espacio y el tiempo, y mantienen su propia conservación de acuerdo a una especie de equilibrio incorpóreo. Y de esto se sigue, que todo lo que existe, en cuanto que existe, desde su ser numeroso, bello gracias a las proporciones que lo conforman, ha sido hecho y fundamentado según un único principio (SAN AGUSTIN, 2007: 56).

Y las armonías locales de la naturaleza vegetal, mineral o animal, tienen su proceso vital de movimiento, en virtud de las secretísimas armonías que los constituyen. Pero todos estos ritmos que se dan a partir de los elementos en los que se expresa la unidad manifiesta en el *número* y el *orden*, tienen su origen en el Dios omnipotente quien hizo todo de la nada.

## CONCLUSIONES

El concepto de *número* es el eje alrededor del cual se estructura la concepción agustiniana sobre lo bello. A través de la introspección se articulan belleza sensible, la inteligible y la absoluta, que se asimila a la unidad, a Dios: fuente eterna de todas las armonías.

Influido por la tradición greco-latina, San Agustín sostiene que el número es, además, el elemento esencial que conformará el ritmo, elemento básico a su vez, del conjunto de artes liberales. Así, el número interviene en conceptos como proporción, simetría y métrica, entre otros. San Agustín hace metafísica del número cuando logra reconocer a través de los intervalos sonoros, los pies rítmicos y la simetría del mundo visible o la armonía universal. En su teoría, el número capta y considera la armonía y proporción del universo y el intenso brillo y luminosidad de la verdad divina o Dios. Desde la interioridad del espíritu humano, el número ejerce su labor. San Agustín, mediante un proceso teórico radicado en el conocimiento, nos brinda las claves para entender lo empírico desde una realidad meta-empírica, para descifrar la belleza más allá de su aparecer sensible y corpóreo, todo ello mediante su genial exposición de la teoría de la percepción. Belleza sensible e inteligible, sensación e intelecto, sentido y razón, sensibilidad y concepto, convergieron, por la urdimbre del *número*, en la estructura *numerosa* del mecanismo perceptivo del alma humana. Y desde allí mismo, San Agustín presenta a la música como una super-estructura proporcional de la razón, concebida como elevación del alma, de lo corpóreo a lo incorpóreo, de lo temporal a lo eterno, de lo secular a lo divino.

Su metafísica de lo bello, propone una particular inteligibilidad racional que presenta la textura de lo real, la regularidad y proporcionalidad del mundo-universo y los movimientos y configuraciones de las actividades sensoriales, morales e intelectuales del hombre, como un *cosmos*, en el que nada escapa a la belleza.

San Agustín nos revela la dimensión de la belleza absoluta y el carácter teológico de su ontología sobre lo bello. A partir de la pregunta por el placer estético, vincula las categorías de *amor*, *orden*, y *unidad*, al tránsito de lo sensible, a lo inteligible. Al *amor* lo identifica con el anhelo intenso de la igualdad absoluta, lo equipara a la belleza que se manifiesta en la armonía y proporción del universo y lo vincula a la íntima unión entre belleza y percepción. Al *orden*, tanto en el espacio natural como en el inteligible, lo instaura como la primera consecuencia del *número* y lo describe como armonía, simetría, congruencia, conveniencia y *concordia*. Y el Uno es principio supremo de igualdad y generadora de los demás *números* que proporcionan al universo, en una sinfonía de analogías captadas por el orden.

El carácter teológico de su estética -síntesis magistral de la tradición pitagórico- platónica a la luz del espíritu cristiano-, se desprende, por

un lado, de la naturaleza de su encarnación en la intimidad del *alma*; éstos son los números de más alta jerarquía, por medio de los cuales el alma juzga sobre los otros *números*. Y por el otro, representa los modelos perfectos de la igualdad absoluta y suprema que llevamos calcados en nuestras almas por encima de la razón misma; es decir, cuyo sentido no nos es posible concebir. A esta naturaleza superior al alma racional, *Ratio Suprema*, más interior a nosotros mismos que nuestro propio interior, realidad plena y total, la identifica San Agustín con Dios mismo: corona de toda belleza, principio causal de toda la belleza, belleza de todo lo bello, hermosura siempre antigua y siempre nueva, la belleza misma, o *splendor ordinis*, o *esplendor del orden*.

## FUENTES DE CONSULTA

### BIBLIOGRAFÍA

1. *BIBLIA. Antiguo Testamento. Sabiduría*, 11, 20. (En este caso, 1992), Ed. Verbo Divino, Madrid.
2. BROWN, P. (2001), *Agustín de Hipona*, Ed. Acento, Madrid.
3. HÖLDERLIN, F. (2004), *Poemas. Las primeras traducciones al castellano*, Hiperión, Madrid.
4. SAN AGUSTÍN (2007), *De música. Seis libros*, Gredos, Madrid.
5. SAN AGUSTÍN (1950), *Del Orden. Obras de San Agustín*, Biblioteca de Autores Cristianos. Vol. 1, Madrid.
6. SAN AGUSTÍN (1992), *La Ciudad de Dios (De Civitate Dei)*, Porrúa, México.
7. SAN AGUSTÍN (1969-1990), *Sobre la interpretación literal del Génesis*, En *Obras Completas*, Biblioteca de Autores Cristianos. Vol. 12, Madrid.
8. SAN AGUSTÍN (2006), *Las Confesiones*, Tecnos. Madrid.